

Notas sobre la identidad cultural iberoamericana

por

Vicente Urbistondo

*¡Desdichada la raza que no hace un alto
en la encrucijada antes de proseguir su
ruta, que no se hace un problema de su
propia intimidad; que no siente la heroica
necesidad de justificar su destino, de volcar
claridades sobre su misión en la historia!*

JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*.

Lo que más importa a la cultura de nuestra América es dejar de rastrear en nuestra ascendencia española e india la causa de todas nuestras deficiencias y de todos nuestros males. Este postulado de la mala herencia que el continente adoptó después de las guerras que lo independizaron, pudo justificarse allá por 1842, en los días de Lastarria, en Chile, o en los de Echeverría, en la Argentina. En 1966 no tiene razón de ser y sólo es la causa de cierta atonía espiritual sudamericana, detrás de la cual encontraremos agazapada esa pobreza de la propia estima que nos suele llevar al pavoneo entre nosotros, cohibiéndonos, al mismo tiempo, ante culturas mejor definidas. Es este secreto avergonzarse del ser lo que hace penosísima y lenta la evolución cultural y económica del hombre de la América oscura; y ella es indispensable para el desarrollo del gobernante, del intelectual, del creador artístico y hasta del científico verdadero, dejemos a un lado al autómatas de laboratorio, tan común hoy.

España conquistó y colonizó el Nuevo Mundo casi junto con hacerse nación poderosa, en las postrimerías del siglo xv; y lo perdió precisamente cuando los países que la habían acosado para reemplazarla en Europa y América, la pronunciaban decadente, extinta, y carente de todo sentido cultural. “¿Qué se debe a España: de dos, de cuatro, de diez siglos a esta parte, qué ha hecho por Europa?”, se había preguntado Masson de Morvilliers al publicarse en el siglo xviii la Enciclopedia. Dentro y fuera de España hubo respuestas ya entonces; pero la piedra lanzada en aguas bien escogidas produjo los fatales círculos. La negra leyenda forjada por el padre Las Casas quedó reforzada por otra: España, además de cruel, codiciosa y atrabiliaria, era nación estéril e ignorante. Este juicio empezó a propagarse por América aún antes de las Guerras de la Independencia.

Una vez que se hubieron fraccionado las tierras de América quedó tiempo para constatar, no sin natural regocijo, la relegación del país que las había descubierto y colonizado, al desván cultural de Europa. Cual más, cual menos, los padres de las flamantes comunidades americanas decidieron eliminar el estigma que para ellos representaba tal situación por medio del rechazo de todo lo español, menos el idioma, que era difícil reemplazar por otro. Ni siquiera el romanticismo, con su parcialidad por la España de las “bailaoras” y las panderetas —o por la más legítima del Romanero— consiguió que la nueva América se interesase por las tierras de Viriato y de Séneca, del Cid y de Abderramán, de Alfonso el Sabio y el gran Arcipreste. Era más seguro, daba más confianza en el propio saber, admirar el Renacimiento italiano, recordar que Luis Catorce había dicho “El Estado soy yo” (sobre todo si se citaba al Rey Sol en francés), o, si era uno más sesudo hablar de Voltaire.

Así fue como hicimos nuestro el simulado retrato enciclopédico de España, al cual se dio los últimos toques en la Europa siglo xix, pese al interés de los románticos por lo español medieval y

lo español pintoresco. Ha transcurrido ya más de siglo y medio desde la Independencia. Los últimos años del siglo pasado y los que van corridos de éste, han visto la aparición de nuevas imágenes europeas de España, más ajustadas a la realidad que el caricaturesco boceto neoclásico. En la propia Península Ibérica, donde la tarea de poner las cosas en claro había comenzado con el trágico Larra, la Generación del 98 consigue destacar los valores españoles dentro de la cultura europea. Interrumpida su labor por el preludeo de la Segunda Guerra Mundial —no otra cosa es lo que se insiste en llamar Guerra Civil española— la continúan hoy jóvenes escritores y artistas dentro de la nación y fuera de ella cuando el régimen actual se los impide. Pero nuestra América —que ya empieza a trazar su imagen india por lo menos a través de la poesía y la pintura— guarda todavía casi intacto el fingido retrato dieciochesco de la madre patria.

“Toda lengua lleva implícita una filosofía”, ha escrito Unamuno. Pensamos con palabras, nos dicen los lingüistas; y sin ser filólogo se puede afirmar que las voces de un idioma poseen una carga intelectual y emotiva que han ido acumulando en la mayoría de los casos durante siglos. El idioma español, o castellano, junto con hacer posible la comunicación entre quienes lo hablan, es también expresión de una manera de pensar y de sentir y de obrar que sólo podremos modificar y dirigir una vez que las aceptemos y las conozcamos. No es, por lo tanto, cuerdo forzar moldes culturales sobre ese idioma y esa vivencia de nosotros por deseables que los tales moldes nos parezcan. Mucho de ese europeísmo francés que quisimos adquirir de la noche a la mañana los americanos y, especialmente, los chilenos, nos ha creado una vida cultural híbrida y caótica que ya urge revisar, y nos ha descoyuntado el idioma dejándolo vulnerable a los embates del vocabulario y la sintaxis del periodismo internacional, especialmente el de los Estados Unidos. Para comprobarlo rápidamente basta fijarse en diarios y revistas, o escuchar con atención las conversaciones de la

gente que no es analfabeta, y aún de la que se considera culta. El analfabetismo de nuestros pueblos, lamentable como es, tiene, por ahora, la ventaja de protegerlo de tales novedades de expresión y conducta. Pero si se perpetúa este criterio irresponsable de confusión estructural y de vocabulario, es posible que lleguemos, a lo menos en algunas regiones del continente, a un período de habla amorfa que haga empresa difícil la comunicación de las ideas más simples.

Se comprende que al declararse la Independencia nuestra América haya anhelado dejar de ser española. Ya no lo es, como tampoco es inglesa la América de raigambre anglosajona. Por eso no es fácil explicar que ese anhelo siga empapando la vida intelectual del continente. Parece que no nos diésemos cuenta cabal que en la mayor parte de la América nuestra se habla español aunque existan variaciones de pronunciación y vocabulario, según la región, y aunque, en todos los casos, el idioma haya sido enriquecido con préstamos de otros idiomas, especialmente de orden científico y técnico.

Lo que no se comprende es que haya todavía tanta gente educada abrigando y hasta protegiendo la convicción de que hemos conseguido por medio de un acto de voluntad, alterar radicalmente la cultura que nos trajeron los hombres de España y Portugal. Toda la América de nosotros, desde el Río Grande hasta el Cabo de Hornos, tiene una vivencia ibérica, más o menos modificada por el temperamento aborigen. Por eso, los sudamericanos que llegan a España, tienen a menudo la impresión de no estar en tierra extraña. Esto les suele ocurrir aun a los que se han pasado la vida suspirando por ir a París.

En buenas cuentas, desde que dejamos de ser Provincias de Ultramar de la corona de España, hemos gastado saliva, tinta y energía en tratar de ser lo que nos parecía mejor y más al día. Esta aspiración no merecería reproche si previamente se nos hubiese ocurrido preguntarnos qué éramos y qué podíamos ser. No basta

teñirse el cabello para ser rubio. Hablar en francés o en inglés, o leer libros en esos idiomas, jamás bastará para que de criollos nos convirtamos en galos o británicos o estadounidenses. Para que uno de esos idiomas u otros europeos —¡o el ruso!— nos diese su más recóndita esencia y pudiésemos reemplazar así nuestra vivencia ibérica por otra que más nos apetezca, tendríamos que hacer de ese idioma nuestra lengua materna. Para eso no sólo habría que nacer de nuevo sino que, además, donde se habla tal lengua. Ha sonado la hora de explorar nuestro pasado y el de la Península Ibérica con inteligencia, prescindiendo de una vez por todas de rencores anacrónicos que solamente nuestra ignorancia libra todavía de la inevitable fosilización.

Si insistimos en desvirtuar la propia imagen nunca podremos rectificar la harto incompleta y poco halagadora que de nosotros circula por Europa y los Estados Unidos, tierras donde se nos llama latinoamericanos sin que nadie indique con ello que somos herederos de una cultura latina. Esta situación es especialmente lamentable ahora que nuestros pueblos empiezan a asomar la cabeza fuera del "ghetto" diplomático en que han actuado por tantos y tantos años. Para que el trato económico y cultural con el resto del mundo nos beneficie, es indispensable que aceptemos la propia identidad entre nosotros. Esta toma de la propia conciencia importa mucho más que tratar de convencer a los demás países del mundo que somos unas comunidades muy europeas (cuando un iberoamericano dice europeo quiere decir francés), cuyo idioma español —o portugués— es un mero accidente.

Algo se ha avanzado en este difícil camino. Ya les ha entrado el seso a esas aristocracias de reciente cuño que hasta la Primera Guerra Mundial se iban a París a derrochar junto con el dinero la propia estima. Además, el viaje al extranjero junto con cambiar de fines, ha dejado de ser privilegio de la casta y del gran dinero. Ahora viaja también el comerciante, el profesional, el artista, y, sobre todo, el estudiante; en general, personas que traen algo a la

tierra de que salieron. También hay más librerías, y más libros escritos en español que, tarde o temprano, contrarrestarán la invasión de los traducidos, a menudo con propósitos puramente comerciales. Por otra parte, han empezado a publicarse historias de los países americanos, hechas con un enfoque menos provinciano, tomando en cuenta el pasado español para verter claridad sobre el colonial. Este nuevo enfoque toma en cuenta la posición del continente ante el mundo y su posible destino en él, sin concentrarse en la exaltación de glorias legítimas pero exclusivamente locales. En general, los americanos empezamos a darnos cuenta de que siglo y medio de historia individual —de Chile, la Argentina, el Perú, Brasil o de otra República— es poca cosa; que considerarla aisladamente equivale a contemplarse el ombligo; que hace falta absoluta examinarla dentro del vasto panorama del pasado histórico europeo, o por lo menos, continental.

El camino recorrido y el que nos queda por recorrer puede contemplarse desde muchos puntos de vista. El del que se aleja de su tierra tiene especial interés porque aumenta la nitidez del panorama al colocar junto a la nuestra la visión que de nosotros tiene el hombre de distinta cultura.

Resulta interesante constatar que, en general, el americano nuestro se apoca al llegar a tierras extrañas. Razones no le faltan. Casi nadie se interesa por su procedencia, a menos que algo fuera de lo ordinario esté ocurriendo en el país de que viene; o dicho en otra forma, algo que tenga repercusión más allá de las fronteras de ese país. (Excepción más o menos permanente a esta regla son los cubanos, por razones bien conocidas, y los chilenos desde la última elección presidencial). Su nacionalidad carece de sentido apenas cruza la última frontera iberoamericana. De bien poco le servirá asegurar que su país es muy bonito, muy civilizado, muy francés; que en él no hay negros; que tiene muy pocos indios, o que "todos" sus compatriotas hablan dos idiomas fuera del propio. (Hasta hace pocos años, el viajero afligido al verse súbita-

mente ignorado aseguraba que en su país estaban muy adelantados, pero esto se ha hecho imposible desde que empezaron a llamarnos subdesarrollados). De todas maneras terminará conociéndosele por latinoamericano y sudamericano. En suma, el ausente novel se encontrará con que la imagen de su propia pequeña patria no sólo es desconocida en el extranjero sino que es recibida con bien o mal disimulada indiferencia, con franca o tibia curiosidad, rara vez exenta de socarronería, o con una mezcla de estas reacciones y otras, las más de las veces poco halagadoras. Lo que ocurre es muy sencillo; la idea que el colombiano, el venezolano, el chileno o el ecuatoriano tienen de sí mismos, no corresponde a la que se han formado de ellos el europeo y el estadounidense. Incompleta y todo, la de éstos es más exacta que la nuestra porque se funda en lo que es común a toda América del Sur: la composición étnica ibérica y aborígen, el idioma, español y portugués, la religión católica, la miseria y la inestabilidad política que la acompaña.

Las deficiencias de nuestras naciones que más precisa corregir, se forjaron con nuestra Independencia, fenómeno que, inevitable como era, fue también apresurado por la política europea de fines del XVIII y comienzos del XIX. Es perjudicial en grado sumo para el desarrollo nuestro seguir buscando la raíz de nuestros males exclusivamente en las fallas imaginarias y reales de nuestros antepasados europeos y aborígenes, a los cuales apenas conocemos a estas alturas. Por lo demás, si en lugar de ser descendientes de pueblos ibéricos lo hubiésemos sido de franceses, holandeses o británicos —como solían desear con tanta emoción como poca lógica ciertos sesudos caballeros de hace treinta o cuarenta años— seríamos sin duda más blancos —¡quiénes que no fuesen los españoles se habrían mezclado con los indios!— y enteramente distintos, tan distintos que no seríamos nosotros. Lo cual no nos asegura que esos hipotéticos americanos hubieran estado libres de muchos de los problemas que nos asedian a nosotros, americanos de carne y

hueso. Fuera del problema aborigen, que los conquistadores resolvieron como sólo ellos podían hacerlo en la Europa del xvi, cualquiera otra nación del Viejo Mundo habría tenido que enfrentar la tragedia del fraccionamiento en un continente que, fuera de ser poco apto para el transporte y las comunicaciones, sólo podría desarrollar una economía independiente por medio de la producción articulada. De España, en cambio, podemos decir que nos dio cuanta cultura poseía, pese a las restricciones religiosas y políticas de la corona, sin exterminar a los aborígenes como hicieron otros pueblos en el continente, y sin condenarlos a la degeneración y a la atrofia como otros pueblos colonizadores. Hasta un esfuerzo hizo España por anticiparse a la división que significó la independencia cuando el Conde de Aranda presentó a Carlos iii el proyecto que hacía de nuestra América cuatro reinos vinculados a la corona. Si se hubiese hecho aquello la historia del mundo no habría sido la misma. ¡Ah! ¡Si la nariz de Cleopatra hubiese sido diferente!, diría Ortega y Gasset.

Nuestros males no vienen en su totalidad ni de la herencia cultural de la Península Ibérica ni de la poca o mucha sangre indígena que corra por nuestras venas. Y aunque así fuera, nada sacaríamos con afrancesarnos todavía más, o copiar a los Estados Unidos ahora que ese país exporta sus moldes a todo el planeta. La clave para la solución de nuestro problema de americanos reside en el conocimiento, revalorización e integración de nuestro pasado ibérico y aborigen, y, por lo tanto, en la revisión paralela de cuanto hemos querido incorporar a nuestro acervo cultural desde la Independencia. Así, a medida que aceptemos lo que siempre fue nuestro y consolidemos el dominio de lo que hemos conseguido asimilar —desprendámonos de lo postizo antes de que se nos caiga o nos dañe— llegaremos a concretar una serie de imágenes regionales, seguramente más amplias y menos numerosas que las veinte y pico actuales, cuya suma dará el retrato del continente. Sólo así podrá proyectarse sobre el mundo la imagen del hombre sudame-

ricano. Un conjunto de nacionalismos débiles y, en consecuencia, vociferantes, se transformará en una comunidad capaz de integrar el concierto mundial eficaz y dignamente.

Todo esto tiene que pasar para que los hombres de la América nuestra resuelvan concertadamente —de otra manera no es posible— el problema de la miseria física y espiritual del continente. Lleguemos, pues, cuanto antes a la convicción de que no podemos cambiar por otra la materia prima cultural que se nos dio hace más de cuatro y medio siglos, pese a cuanto le hemos agregado en los últimos ciento cincuenta años de vida independiente. Lo que debemos hacer es conocerla, aceptarla y desarrollarla para llegar a crear una cultura propia capaz de producir valores propios, y, como la española, capaz de contribuir al haber espiritual de Occidente.

